

Roberto Cassá\*

## ➤ Algunos componentes del legado de Trujillo

### 1. Determinantes para la instauración del régimen de Trujillo

A cuarenta años de la eliminación física de Rafael Leonidas Trujillo, se mantienen no pocos aspectos del legado dejado por la dictadura que dirigió. Esta extraordinaria impronta sin duda se relaciona con la prolongada duración de 31 años de ese régimen autocrático, período que marcó una etapa culminante dentro de los procesos de modernización que se iniciaron a fines del siglo XIX. Durante las primeras décadas del siglo XX, en virtud de las contradicciones que tuvieron que enfrentar los sucesivos proyectos de modernización económica, las elites sociales y políticas, nucleadas en la ciudad de Santo Domingo y en unos pocos centros provincianos, no pudieron forjar el establecimiento de un orden estable. El impacto de la entronización de relaciones capitalistas, el aspecto central de la modernización económica, quedó restringido en lo fundamental al sector azucarero y en un tiempo breve pasó primordialmente a manos de inversionistas extranjeros, lo que dio lugar a que se redujese su incidencia en el resto de la formación social<sup>1</sup>.

Dada la exigüidad de la modernización capitalista, hasta avanzado el siglo XX siguió reproduciéndose el antiguo patrón de relaciones precapitalistas agrarias, cuyo eje radicaba en la articulación entre el capital comercial y la pequeña unidad campesina (Gómez, 1979; San Miguel, 1996). Ésta tendía a la autosubsistencia, aunque se conectaba con el mercado en la medida de sus requerimientos de funcionamiento, relación que se amplió notablemente con la introducción de relaciones capitalistas, a partir de aproximadamente 1880, como parte de la inserción al mercado mundial<sup>2</sup>. Aun así, la debilidad del Estado, correlativa con la de los aparatos productivos, no permitió ejercer la presión suficiente para hacer efectiva la demanda de las elites: compeler al campesinado a integrarse plenamente en la economía de mercado. Se trató, por ende, de un proceso lento, lo que no fue óbice para que resultara crucial dentro de la estrategia de modernización estatal, ya que los excedentes provenientes de los aparatos capitalistas eran insuficientes. La necesidad funcional de una dictadura entre los círculos del poder central provenía esencialmente del requerimiento de quebrar la resistencia campesina respecto de los vínculos con sus explotadores urbanos. En tal sentido, Juan Bosch, uno de los primeros antitrujillistas

---

\* Roberto Cassá ha sido profesor del Instituto Tecnológico de Santo Domingo y de la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales; actualmente enseña en la Universidad Autónoma de Santo Domingo.

<sup>1</sup> Sobre el particular existe una bibliografía relativamente abundante, por ejemplo Báez Evertsz 1978; Lozano 1976.

<sup>2</sup> Desde la época, el tema empezó a ser objeto de dilucidación por los investigadores; véase, por ejemplo, Rodríguez Demorizi, 1980.

radicales, en un texto pionero de 1940 (Bosch, 1975), calificó al régimen de Trujillo como expresión de la dictadura de los *pueblitas*, término utilizado por los campesinos para designar a los habitantes de nivel social de las ciudades.

La retroalimentación de debilidades recíprocas entre Estado y sociedad contribuyó a que el sistema político experimentase pocos cambios. Si bien es cierto que logró establecerse un régimen autocrático centralizado, presidido por Ulises Heureaux (1886-1899), el caudillismo siguió latente, al grado de que, tras la muerte de ese dictador, volvió a dar lugar a una aguda inestabilidad política. Por lo demás, aún bajo regímenes dictatoriales que imponían cierta estabilidad, el Estado tenía escasos márgenes de incidencia en potenciar el crecimiento económico. Es lo que, a fin de cuentas, explica el carácter incompleto de la modernización institucional, situación que quedó plasmada en aspectos como el escaso nivel de desarrollo de las fuerzas productivas, la debilidad de los servicios estatales y la persistencia del caudillismo. De todo ello advino un agudo sentimiento de frustración que embargaba a las elites sociales y culturales<sup>3</sup>.

Se prepararon así las condiciones para la ocupación militar norteamericana entre 1916 y 1924, período durante el cual el Estado pudo sobreponerse definitivamente sobre los sectores sociales en pugna, establecer una efectiva centralización y emprender programas de modernización económica e institucional que contribuyeron a un relevo de las relaciones capitalistas de la agroexportación. Desde esas perspectivas, las medidas adoptadas durante la intervención norteamericana prepararon las condiciones para la dictadura de Trujillo, siendo las de mayores consecuencias el desarme de la población y la creación de un ejército profesional “apolítico”, en cuyas filas se incubó la carrera de Trujillo hacia el poder<sup>4</sup>.

Ahora bien, la ocupación militar dio lugar a una reacción en los círculos políticos e intelectuales, algunos de los cuales se trazaron como meta principal la preparación de condiciones que evitasen la reiteración de la intervención extranjera directa. Entre ciertos círculos, el autoritarismo se revitalizó como una opción para la realización nacional<sup>5</sup>. Es lo que explica que, durante sus primeros meses de gobierno, Trujillo gozara de cierta popularidad genuina, producto de la demanda por alguien que recompusiera el agotado gobierno de Horacio Vásquez<sup>6</sup>. Ciertamente que otra parte de la intelectualidad se mantuvo adscrita a una propuesta democrática, como se observa en el programa del Partido Nacionalista<sup>7</sup>, seguramente el documento político más lúcido de esos años, pero con escasos alcances prácticos.

---

<sup>3</sup> Expresión de esto en García Godoy 1975. Godoy era un pensador positivista provinciano, que propugnaba por una “renovación” intelectual en el país, siguiendo las reflexiones de José E. Rodó. Algunos tratadistas han pretendido una generalización de este tipo de posturas, al sugerir un “pesimismo” innato en el seno de la intelectualidad dominicana (Henríquez Gratereaux, 1996: 93 ss.). Véase, al respecto, González/Baud/San Miguel, 1999.

<sup>4</sup> La importancia del componente militar en la génesis de la dictadura se puede rastrear en la misma bibliografía producida por el régimen; véase Vega y Pagán, 1955.

<sup>5</sup> Una señal de esto fue la fundación de un partido fascista, mayormente entre inmigrantes italianos, durante la segunda parte de la década de 1920; Rafael Estrella Ureña, tal vez el dirigente que gozaba de mayor liderazgo en la juventud radical, se identificó con las ideas de Mussolini (Vega, 1985).

<sup>6</sup> Varios intelectuales jóvenes se apresuraron a sumarse a la dictadura, no obstante tener antecedentes ideológicos radicales (Hernández Franco, 1930).

<sup>7</sup> “Declaración de principios del Partido Nacionalista”, en Lugo 1996: III, 213-226.

Tras llegar al poder en 1930, Trujillo articuló la continuación del programa de modernización de los ocupantes norteamericanos con las propuestas nacionalistas que buscaban el establecimiento de un Estado plenamente soberano (Avelino, 1995). Durante su larga dictadura, el tirano logró completar la subordinación de todos los agentes de la vida social a los dictados del Estado, ahora encarnado en su persona. Terminó por alterar el equilibrio antes existente entre Estado y sociedad y entre el mundo rural y el urbano. Encontró un país a la medida para el establecimiento del formato de su dictadura: existían ya las premisas materiales para impulsar ulteriores programas de modernización, puesto que el Estado se había logrado fortalecer suficientemente a partir de la ocupación militar. Del otro lado, el limitado nivel de maduración de los agentes sociales modernos permitía una subordinación absoluta de la sociedad.

Así, la dictadura de Trujillo se sustentó en una sociedad agraria, políticamente pasiva y por ende permisiva de las acciones del Estado, siempre y cuando no alterara ciertos órdenes seculares, lo que le despejó el terreno para operar una explotación sistemática del conjunto de la sociedad, cuyo eje se encontraba naturalmente en el propio sector agrario (Cordero Michel, 1999). El desarrollo capitalista resultante se derivó de la manipulación monopolista estatal, y estuvo polarizado alrededor del binomio del emporio económico privado del dictador y el sector público. El conjunto de la sociedad pasó a ser explotado minuciosamente por medio de una variedad de mecanismos de extorsión practicados por el Estado o con su auxilio directo<sup>8</sup>. Y, en la medida en que Trujillo encarnó el desarrollo capitalista, restringió la maduración de la clase burguesa privada. En última instancia, la generalidad de otros burgueses debía subordinarse ante Trujillo, fuese en calidad de tributarios, socios o testaferrros. En contrapartida, la burocracia estatal quedó erigida en el agente social clave del sistema, a tal grado que sustituía las funciones características de la burguesía (Cassá, 1982).

Por expresa disposición de Trujillo, la intelectualidad pasó a desempeñar una función de primer orden dentro del estamento burocrático, tanto con fines de eficacia administrativa como de legitimación cultural (Cordero Michel, 1999: 105 ss.). Esto permitió el perfeccionamiento del ordenamiento estadista-despótico que creaba las bases para la perpetuación de la represión sistemática, requerimiento clave de la reproducción del sistema, en la medida en que no podía tolerar la competencia de ningún agente social o político.

Al cabo de pocos años de existencia de la dictadura, el Estado logró un control absoluto sobre prácticamente todos los resortes de la vida social, en un grado sin precedentes en la historia moderna de América. La eficacia burocrática se plasmó en éxitos relativos de los programas de modernización, al tiempo que éstos eran magnificados por efecto de la propaganda ideológica. De ahí provino la exigencia de una uniformidad cultural que lograra que la regulación de las relaciones entre agentes sociales o políticos quedara regida por los términos del discurso oficial. Éste ponía el énfasis en la posición imponderable de Trujillo como ente que encarnaba la unidad de la nación, proclama que sin duda tenía un margen de eficacia tras décadas de aguda frustración nacional (Peña Batlle 1954). Trujillo logró que los moldes ideológicos que emanaban de su poder personal se infiltraran en la población a través de los medios de comunicación, la transmisión oral por los agentes de base de la autoridad, el sistema escolar y otros recursos.

---

<sup>8</sup> La literatura de los antitrujillistas en el exilio ya provee información abundante acerca de estos manejos económicos; véanse Mejía, 1960: 221-244; Ornes, 1959: 299-326.

Dos generaciones quedaron penetradas de estos moldes culturales, que sintetizaban la quintaesencia del régimen autocrático. Los mecanismos de transmisión cultural se exacerbaban en la medida en que el régimen iba logrando éxitos en la aplicación de sus planes de modernización. Los agentes sociales que se desarrollaron después de la Segunda Guerra Mundial, cuando arrancó un crecimiento acelerado, se asociaron con estos parámetros culturales. De ahí que la dictadura pudiera hacer frente a las dificultades que le provocaba la emergencia de sectores urbanos. Si bien en gran parte de éstos, por razones plausibles, se anidaban propósitos opositores, estaban en general sujetos a mediaciones provenientes del extraordinario peso del sector público, habida cuenta de la pequeñez del sector capitalista privado. El orden autocrático logró, por consiguiente, reciclar su apoyo, en la medida en que sectores emergentes de la clase media asociaban su suerte con la de Trujillo.

## 2. La instauración del neutrujillismo

Tras la caída de la dictadura, en 1961, el contorno estadista arriba indicado se manifestó en una brecha entre una población carente de experiencia y conocimiento políticos y una burocracia imbuida de las certezas doctrinarias del autoritarismo trujillista y dotada de experiencia práctica en el manejo de los asuntos públicos. Cuando se produjo la desbandada de los trujillistas se puso de relieve el cúmulo de dificultades para fundar una hegemonía alternativa.

La eliminación física de Trujillo, el 30 de mayo de 1961, se llevó a cabo, en gran medida, bajo el supuesto de una solución conservadora que pudiera evitar un estallido revolucionario (Vega, 1999), por lo que advino una tensión entre las aspiraciones democráticas de las porciones más activas de la población urbana y los esfuerzos de los norteamericanos por mantener contornos del pasado que garantizaran la estabilidad. Aun los antitrujillistas de derecha resistieron esos propósitos de Washington, pero a la larga, terminaron por aceptar una transición que comportaba el mantenimiento de prácticamente todos los moldes institucionales existentes, en aras de acceder al poder y de prevenir cambios excesivos que pudieran hacer peligrar sus intereses.

El dominio oligárquico implicó que no se produjeran soluciones de continuidad respecto del pasado trujillista. La democratización no pasó de planos epidérmicos, habida cuenta de los intereses norteamericanos y de la visión oligárquica de la burguesía tradicional que tomó el gobierno. En virtud de la forma en que los norteamericanos incidieron en el proceso de transición entre el remanente del trujillismo y la instauración de un nuevo esquema de dominación, al inicio de 1962, el mayor cambio radicó en la salida del país y la confiscación de los bienes de los integrantes de la familia Trujillo y de un pequeño círculo de allegados. La Constitución adoptada en 1962 fue una reformulación de la antes existente, limitada a introducir cláusulas carentes de verdadera trascendencia. El aparato militar quedó intacto, señalándose únicamente la separación de los familiares del tirano y de unos pocos oficiales acusados de crímenes escandalosos. Desde entonces hasta hace relativamente poco tiempo, las Fuerzas Armadas fueron el principal receptáculo de continuidad de la mentalidad trujillista.

Los alineamientos políticos tomaron un molde en gran medida sentimental o estuvieron determinados por parámetros elementales. Más allá de objetivos genéricos, los nue-

vos protagonistas, estuviesen alineados en la derecha o en la izquierda, carecían de percepciones acerca de cómo instrumentar sus objetivos. Esta situación se recicló a través de fórmulas esquemáticas, poco vinculadas a la especificidad del momento. En especial fue crucial el cúmulo de dificultades que se interpusieron en la práctica de la naciente izquierda, inmersa en condiciones favorables para su incidencia pero aquejada de falta de experiencia y desconocimiento teórico de la política (Cassá, 1999).

Mientras los antitrujillistas se combatían entre sí, los trujillistas fueron recomponiéndose gradualmente hasta encontrar un líder en Joaquín Balaguer, uno de los intelectuales de mayor relieve durante la dictadura, designado presidente formal de la República unos meses antes de la muerte de Trujillo. Bajo el manto de Balaguer, porciones de quienes se habían propuesto mantener la fidelidad al trujillismo actuaron con sentido de realismo y oportunidad, y no tuvieron empacho en presentarse con ribetes socialmente progresivos, incluso de corte reformista, acordes con las expectativas populares y partidarios de un régimen democrático. Se trató de un artificio para deslindarse del sector oligárquico anti-trujillista que había tomado el poder y que exhibía graves dificultades en la capacidad de conducción de los asuntos públicos. Tal discurso en realidad encubría el propósito de restaurar un ordenamiento autoritario inspirado en los moldes trujillistas, aunque por supuesto abierto a la especificidad de la época.

El liderazgo de Balaguer se fue construyendo primordialmente a partir de la cohesión de franjas intermedias de la burocracia trujillista hasta su proyección hacia la población como medio de consolidación de tal proyecto. En efecto, el grupo nucleado por Balaguer mostró tener claridad acerca de los requerimientos de la unidad alrededor de un líder. Esto fue tanto más importante en la medida en que, básicamente, no sentían adhesión hacia Balaguer sino en la justa medida en que encarnaba el trujillismo. El líder verdadero de ese colectivo siguió siendo Trujillo.

Puesto que no fue desarticulada la incidencia en el Estado del conglomerado burocrático trujillista, en el interior de los sectores dominantes se libró una lucha entre anti-trujillistas y trujillistas, dados los intereses encontrados que los separaban: los primeros estaban nucleados alrededor de la burguesía tradicional, fundamentalmente comercial, que antecedía a Trujillo y había sobrevivido pese a las restricciones a que se hallaba sometida por el ordenamiento monopólico-estadista; los segundos agrupaban mayormente a franjas superiores de la clase media, con experiencia burocrática, aunque incluían también a burgueses que se habían promovido gracias a su participación en el tinglado de acumulación de la dominación trujillista (Lozano, 1985; Cassá, 1986). El primer sector entendía que había llegado el momento de compensar las restricciones a las que le había sometido Trujillo. En evidencia de su tesitura oligárquica, no estaba dispuesto a acordar ninguna reivindicación social importante, al grado de que acudió a un golpe de Estado contra el gobierno electo de Juan Bosch, el 25 de septiembre de 1963, lo que terminó por restarle credibilidad entre la mayoría de la población. Adicionalmente, desde el ángulo técnico-administrativo su gestión fue desastrosa, como expresión de su inexperiencia y su restricción exclusivista.

Mientras tanto, los trujillistas trataban de sobrevivir en las mejores condiciones posibles. No resultaba fácil desalojarlos de todas las posiciones superiores en el aparato estatal a causa de su experiencia y de las simbiosis que se producían entre sectores. Acudieron a maniobras que les permitieron mantener un mínimo de presencia política, aprovechando la táctica de “borrón y cuenta nueva” que aplicó el populista Partido Revo-

lucionario Dominicano (PRD) con el sector encabezado por Balaguer, en búsqueda de una alianza “antioligárquica” (Bosch, 1964). De hecho, los trujillistas contribuyeron de manera relativamente importante al triunfo electoral de Bosch, presidente del PRD, en diciembre de 1962, mediante apoyo financiero, incidencia sobre el campesinado y simpatías entre la base del aparato militar. La táctica de Bosch de trascender en su beneficio la polaridad entre trujillistas y antitrujillistas puede ser vista en retrospectiva como uno de los eslabones clave que permitieron la subsistencia de los segundos, los cuales pudieron eludir las disposiciones legales de “destrujillización”.

Como parte de las contradicciones del momento, a causa de los virtuales niveles de alianza entre perredeístas y neotrujillistas balagueristas, la burguesía tradicional no pudo aplicar el aspecto económico central de su programa, la apropiación de las empresas de Trujillo, que habían sido traspasadas al patrimonio público en los últimos meses de 1961. Puesto que dichas empresas constituían el principal patrimonio del país, alrededor de su manejo y de su estatuto futuro se libró una aguda lucha entre diversos agentes sociales y políticos. Los antitrujillistas “cívicos” de derecha tuvieron que posponer la privatización. Si bien ese patrimonio constituía un eventual instrumento para una política social progresiva, como intentó hacer Bosch en 1963, en los hechos fue sometido a pillaje sistemático, como auxiliar clave de los desordenados procedimientos de acumulación.

Tal esquema de dominio fue objeto de un cuestionamiento popular que culminó en la Revolución de Abril de 1965, aplastada por la segunda intervención militar norteamericana. El peligro que se planteó para la dominación oligárquica llevó a los norteamericanos a un nivel extraordinario de involucración en los asuntos del país, con el fin de sentar las bases de un pacto de dominación que conjugara la eficacia para el relanzamiento de la formación de capitales y los dispositivos necesarios para conjurar asomos de nuevas crisis revolucionarias (Vilas 1981).

La primera solución del conjunto de estrategias tendentes a la recomposición del orden social y político consistió en la decisión de colocar a Joaquín Balaguer en la presidencia de la República. Si bien se tomaba nota de las condiciones personales de Balaguer, excepcionales en términos intelectuales y de experiencia burocrática, sobre todo se evaluaba su condición de líder del conglomerado trujillista. El objetivo de retornar al poder les resultaba doblemente crucial a los trujillistas, ya que como conglomerado social dependía de su inserción en posiciones estatales. La disponibilidad de un líder desempeñó una función esencial, por cuanto este conglomerado, no obstante su relativa consistencia, sólo se cohesionaba alrededor de una figura con condiciones de ejercer una jefatura grandilocuente. Balaguer pasó a ser objeto del aprecio de los norteamericanos en la medida en que comprendió los requisitos personales para tal tarea de mediación ante la sociedad, siendo el único de los antiguos altos burócratas de la dictadura capaz de sistematizar una propuesta programática susceptible de compaginar los intereses inmediatos de los sectores dominantes, la búsqueda de procedimientos modernizadores para estimular la formación de capitales y la apertura política hacia los sectores populares (Cassá, 1986: 456 ss.).

Desde el primer momento que se hizo saber tal solución, la generalidad del capital, penetrada de pánico ante la crisis, se refugió detrás de las expectativas de seguridad que brindaba Balaguer como depositario de los intereses globales de Estados Unidos. En la generalidad de la burguesía se diluyó la distinción entre trujillistas y antitrujillistas. Los dirigentes de derecha que siguieron obstinados en una opción no trujillista quedaron

relegados a segundo plano. A la larga la mayoría de ellos terminaron incluso pactando con Balaguer, puesto que éste estuvo siempre abierto a la incorporación de nuevos dirigentes políticos, sin importar su procedencia, siempre y cuando aceptaran su liderazgo. Este nuevo contexto guardaba connotaciones bastante evidentes en la aceptación conceptual del legado trujillista. Aunque la evaluación del pasado trujillista no era un tema que se tratara explícitamente en la acción del Partido Reformista presidido por Balaguer, éste, a título personal, no dejó de aprovechar cada ocasión propicia para exteriorizar su aprecio por el tirano y por aspectos del orden que encarnó, al tiempo que hábilmente tomaba distancia respecto a otros<sup>9</sup>.

### 3. La mediación de Balaguer

El retorno de Balaguer a la presidencia estuvo mediado por un pacto entre fracciones de poder impulsado por los norteamericanos. La estrategia de éstos continuaba operando sobre la base de la búsqueda de soluciones conservadoras que implicaban el mantenimiento de dosis básicas de autoritarismo, como medio de protección frente a una revolución. Era obvia la inexistencia de otro sector tan apto como el personal proveniente de la dictadura, que además de su experiencia, contaba con el apoyo de la mayor parte del aparato militar. A Balaguer se le dotaría de poderes extraordinarios, amparados en una Constitución que ponía el énfasis en la concentración de prerrogativas en el Poder Ejecutivo, como es la norma en la tradición autoritaria. De hecho, a partir de junio de 1966, cuando ascendió a la presidencia, se estableció una semi-dictadura: gobernó haciendo girar todos los intereses alrededor de su persona y, por ende, subyugando al Congreso y a cualesquiera otras instancias del Estado. Si bien siguieron respetándose algunas libertades públicas, se mantenía un lineamiento represivo tendente a aplastar las protestas sociales y políticas, y a mantener el orden sobre la base de una cuota crucial de ilegalidad.

En virtud de este pacto, la atribución de facultades omnímodas a la burocracia a través del Ejecutivo estuvo contextualizada en el compromiso gubernamental de favorecer la formación privada de capitales, para lo cual se montó un esquema de subsidios e incentivos que conllevaba un traspaso masivo de excedentes a la burguesía (Comisión de Economía, 1976). El éxito de tal dispositivo consolidó la adhesión de la generalidad del capital hacia Balaguer, quien pasó a encarnar el sistema en su conjunto. Balaguer gobernó durante tres periodos consecutivos, entre 1966 y 1978, período durante el cual se conformaron perfiles esenciales de la sociedad postrujillista. Entre 1969 y 1973 la economía creció al acelerado ritmo del 11% de promedio anual, lo que dio lugar a cambios de magnitud de variados parámetros de la vida social. Se amplió el proceso de urbanización, aumentaron las funciones técnicas del Estado, la clase media cobró magnitudes sin precedentes y la burguesía incrementó sus operaciones, cada vez más relacionadas a la industria y otras actividades consideradas modernas (Oficina Nacional de Planificación, 1976). El saldo implicó la ratificación de la derrota de la revolución, lo que permitió una

---

<sup>9</sup> Entre los textos más reveladores al respecto está la introducción a sus discursos a favor de Trujillo, *La palabra encadenada* (Balaguer, 1975). Hace en él una sutil reivindicación del pasado despótico con la cobertura de una descarnada consideración del tirano.

disminución de algunos de los componentes autoritarios, hasta llegar a la síntesis existente en la actualidad.

Deliberadamente, se siguió obviando la ponderación del pasado como un medio de recuperar los componentes funcionales del trujillato. A lo sumo, cuando los funcionarios del régimen se referían al trujillato, lo hacían con una fuerte carga de ambigüedad. En el contexto de la sociedad de la época, tal actitud implicaba una recuperación del ejemplo pasado, sobre todo a la luz del hecho de que el núcleo de la burocracia no abandonaba su criterio favorable al régimen. Esto incluyó esporádicas manifestaciones desembozadas de adhesión a Trujillo, no obstante estar penado por ley. Balaguer mismo, en los momentos en que lo juzgó factible, no ocultó su aprecio por el pasado, si bien él mismo lo había condenado en un momento necesario, como expresión de su consustancial oportunismo.

Es llamativo que Balaguer esperara a salir de la presidencia de los Doce Años para ajustar sus cuentas personales, en el terreno literario, con Trujillo y su época<sup>10</sup>. Su evaluación es una reivindicación de la dictadura como momento necesario, acompañada de críticas limitadas; pero lo más importante de estos alegatos es la validación de la colaboración, por lo que tienen más bien un carácter de autorreivindicación.

Probablemente el principal toque distintivo del prestigio de Balaguer provino de su condición de heredero de Trujillo, lo que lo hacía portador del sentido profundo de la autoridad. En función de las atribuciones que le deparaba el esquema de dominio, Balaguer dispuso de un elevado nivel de concentración de atribuciones, lo que completó con una intervención en asuntos culturales como exponente conspicuo de puntos de vista tradicionalistas y autoritarios. A tono con sus aficiones literarias, se cuidó de revestir sus consideraciones acerca de la sociedad y el estado del mayor brillo retórico y de adornar su personalidad bajo el manto del hombre de letras<sup>11</sup>. La cuota de poder que le fue otorgada le permitió lograr una influencia cultural extraordinaria, que él utilizó para contrarrestar el prestigio de las posturas de izquierda entre los jóvenes. Toda su elaboración estuvo animada por el propósito de legalizar intelectualmente los contornos del sistema político, siempre insistiendo en sus propósitos reformistas<sup>12</sup>.

Dicha incidencia cultural cobraba sentido en la medida en que reforzaba el trazado del orden de dominación. A Balaguer le correspondió recomponer la vigencia del estatismo como base para la profundización de su poder personal. El patrimonio público se puso al servicio de la acción de la burocracia, la que a cambio de sus servicios pasó a percibir porciones considerables de los excedentes por vía de la corrupción administrativa. La corrupción sustituyó al crimen como el instrumento por excelencia del dominio político, pero implicaba el reciclaje de la manipulación despótica de la autoridad pública. Al igual que bajo Trujillo y por encima de preocupaciones de legalidad, el poder se ejerció para promover intereses puntuales, ya no los de un tirano, sino los de los segmentos más favorecidos de la burguesía, con capacidad de explotar en su beneficio las relaciones

<sup>10</sup> Años después de *La palabra encadenada*, Balaguer publicó *Memorias de un cortesano de la "Era de Trujillo"* (Balaguer, 1988). Se encontraba ya en mejores condiciones para expresar sus verdaderos puntos de vista sin que supusieran perjuicio para sus conveniencias inmediatas.

<sup>11</sup> Son pocos los estudios sobre la trayectoria política y la obra de Balaguer, entre ellos sobresale el de Rodríguez de León (1996). Hasta ahora sólo puede hablarse de un intento biográfico: Paulino (1986).

<sup>12</sup> Los comenzó a exponer en la campaña electoral y los mantuvo hasta el último día en la presidencia; véanse Balaguer 1973 y 1979.



con las altas instancias del gobierno. Es de advertir que la cuantía de los recursos que manejaba el sector público operó como una de las claves de la configuración de las cúspides empresariales, proclives por sus convicciones autoritarias a integrarse a los manejos correspondientes. Al tiempo que, como conjunto, la burocracia se limitaba fundamentalmente a lucrarse del poder, sin consecuencias directas en la reproducción de los sectores productivos, una parte considerable de los beneficiados eran antiguos funcionarios del régimen de Trujillo y administradores de sus empresas que utilizaron su experiencia para fundar empresas con éxito.

Tal esquema de formación de capitales y fortunas supuso la perpetuación de pautas sustentadas en la violencia como el núcleo funcional del poder autoritario. La celebración de elecciones generales cada cuatro años, el único espacio en que teóricamente se podía manifestar la voluntad colectiva, estuvo atravesada con manipulaciones ilegales, fraudes descarados y utilización de los recursos públicos a favor de las candidaturas oficiales. De igual manera, se estructuró un sentido colectivo no consustanciado con preceptos democráticos, sino con las posiciones ventajosas en todos los planos que depara el ejercicio impune del poder.

En la práctica, Balaguer encontró en el clientelismo la contrapartida básica hacia los sectores populares, a fin de conformar instancias mediadoras entre sociedad y Estado que le dieran sustento al Partido Reformista con fines electorales. La claridad de propósitos al respecto se evidencia en el empleo de dádivas y subsidios absurdos durante los meses finales de 1961, cuando precariamente ejerció la presidencia. Aun así, dotado de sentido estratégico acerca de los imperativos del orden, intentó aplicar medidas reformistas en las relaciones agrarias, como trasfondo de la consolidación de un orden conservador. En su origen, el clientelismo se derivaba del legado trujillista, aun cuando Balaguer aportara sus matices. En efecto, Trujillo introdujo componentes plebeyos a las altas instancias estatales, al tiempo que recomponía los círculos gobernantes tradicionales, como parte de un operativo ideológico socialmente progresivo y nacional<sup>13</sup>.

Todo este andamiaje presuponía el mantenimiento de una perspectiva estadista para la obtención de apoyo popular, de manera que autoritarismo, clientelismo y retórica “reformista” se entrelazaban en una madeja operativa e ideológica. Las consideraciones estratégicas, sin embargo, estuvieron subordinadas a las posibilidades de las circunstancias y a las conveniencias inmediatas, por lo que tuvieron escasos planos de aplicación. En realidad, las propuestas reformistas se circunscribieron a ámbitos retóricos, cuyo sentido se recomponía en el clientelismo. De todas maneras, a la larga, esto tuvo importancia como mediación del orden autocrático, puesto que permitió la conformación de una base de apoyo entre medios populares que buscaban beneficiarse de medidas puntuales del gobierno, especialmente la recepción de dádivas a cambio de activismo político (Duarte/Pérez, 1979).

La mezcla resultante de componentes autoritarios y de la incorporación de libertades ha quedado como un molde hasta ahora insuperable de la historia posttrujillista. De ahí que Balaguer, mentor y arquitecto de este reciclaje de la tradición autoritaria, haya sido reconocido por el Senado, en un momento en que se encontraba bajo control del rival

---

<sup>13</sup> En diversos momentos, Balaguer fue uno de los autores que más explotó esta característica del trujillato; véase, por ejemplo, *La realidad dominicana* (Balaguer, 1947).

Partido Revolucionario Dominicano, como propulsor de la democracia, en obvia remembranza de uno de los títulos de Trujillo, Padre de la Patria Nueva. Legisladores de los tres grandes partidos se pusieron de acuerdo en enaltecer la contribución de Balaguer como génesis del actual sistema político.

Ese reconocimiento, simbólicamente, marcó la culminación de la tendencia a la convergencia de las diversas formaciones políticas alrededor del compromiso con las fórmulas vigentes de funcionamiento del Estado, puesta la mira en no traspasar el horizonte de la realidad existente. No por casualidad el foco de esa convergencia se ha encontrado en la aceptación de las virtudes de los mecanismos de acción de Balaguer, con todas las consecuencias obvias que tiene. Lo que está implicado es una generalización en la clase política de la codificación neotrujillista del poder. A partir de esos propósitos, Balaguer ha terminado siendo reconocido como orientador clave por los dos presidentes que lo han sucedido desde 1996, pese a que sus partidos fueron antes víctimas de los manejos fraudulentos en las elecciones que asentaron la perpetuación de la preeminencia del personaje.

#### **4. El desdibujamiento de la memoria y las reivindicaciones del pasado**

A pesar de visualizar el régimen de Trujillo como el momento supremo ideal del ordenamiento político en el país, la burocracia neotrujillista no intentó recomponer un proyecto de tipo nacional como el encarnado por el tirano. Balaguer, relevantemente, comprendió que las correlaciones de fuerza aconsejaban circunscribirse a objetivos rutinarios, a través de incentivos a la acumulación que contravenían cualquier exigencia de consistencia. En tal sentido, la calidad del conjunto de la acción estatal sufrió un deterioro, expresado en las tendencias depredadoras de la simbiosis burocrático-burguesa. Aunque sustituto de Trujillo, Balaguer introdujo sus matices personales para el ejercicio del poder, fruto de la conciencia de las debilidades que aquejaban a su preeminencia y de la desconfianza que le generaban técnicos, intelectuales e incluso hombres de su equipo.

Durante el periodo de los Doce Años el descontento popular se canalizó hacia el antibalaguerismo, sobre todo a través de los partidos políticos opositores, fueran moderados o de izquierda (Vilas 1979). Ese activismo opositor recicló, bajo nuevos términos, la antigua escisión entre trujillistas y antitrujillistas. En 1978 se produjo una primera fisura de este contexto, gracias a la llegada al gobierno del Partido Revolucionario Dominicano. Las actuaciones en el poder de los dirigentes de esta organización dieron lugar al retorno de Balaguer en 1986, tras haberse pensado que había quedado relegado como cadáver político (Cassá, 1987). Mientras tanto, se desarrollaba una dialéctica entre demandas democráticas y cooptación de los partidos a los términos establecidos por Balaguer. Finalmente, a raíz de la salida definitiva de Balaguer del poder, en 1996, se puso en claro que no había alternativas, dentro del sistema político, a los patrones impuestos por Balaguer. En la población se agudizó la sensación generalizada de desencanto que ya provenía de los inicios de la década de 1980 y que se trocó en una integración de muchos a una perspectiva cínica de aceptación de los cánones de Balaguer. En los años recientes el panorama ha empeorado por efecto de un estado de inseguridad, vinculado al auge de acciones delictivas no ajenas a la polarización social extrema y a la pérdida de horizontes éticos colectivos.

Este contexto ha servido de escenario para revalorizaciones del régimen de Trujillo, producto de reacciones espontáneas y de manipulaciones de medios de poder. En ello ha operado el escaso conocimiento de la historia entre la mayoría de la población por efecto del desastre del aparato educativo iniciado durante los Doce Años; el conocimiento de la historia se ha reducido a niveles exiguos, por lo que el grueso de la población carece de informaciones acerca de lo ocurrido y menos aún de bloques interpretativos sistemáticos.

Como era de rigor, la banalización que ha venido arrojando los espacios de la vida social como expresión del desencanto y el cinismo se ha manifestado en una atención desmesurada, si bien superficial, hacia la dictadura de Trujillo, que ha quedado consagrada como el momento ejemplar del poder absoluto, algo que para muchos resulta cautivante dentro de los parámetros de una cultura autoritaria. Objeto de la fascinación colectiva, Trujillo ha devenido en un personaje cuasi-mítico. Se ha hecho proverbial que los títulos más vendidos son aquellos que versan acerca de su figura o de la época en que gobernó. En verdad, esta atención se manifiesta con independencia de criterios, pero para muchos implica una ambigua empatía hacia el detentador por excelencia de poder. Gran parte de esa literatura carece de los ingredientes del análisis histórico, por lo que el conocimiento de la dictadura por su vía se ha visto condicionado por la anécdota (Franco, 1971).

En la medida en que ha transcurrido el tiempo y ha mermado entre la población el peso de las generaciones que conocieron el régimen de Trujillo, ha ido creciendo una mirada nostálgica del pasado. Dentro de la cotidianidad, frente a los problemas, se ha hecho corriente la expresión de que hace falta un nuevo Trujillo. Entre jóvenes y no jóvenes cabe atribuir tal tipo de criterios a respuestas frente al desencanto y el mantenimiento o agravación de los problemas sociales, insertos en un contexto de desorden y deterioro de la seguridad pública. En particular, los procedimientos oligárquicos de la formación de capitales han acarreado perjuicios manifiestos para la mayoría pobre que no tienen visos de resolución. Desde hace años, entre porciones importantes de la población se suscitan preguntas acerca del futuro, puesto que se observa una carrera ininterrumpida de auge de la corrupción, el agravamiento de otros viejos problemas y la aparición de nuevos. Cabe también considerar en la explicación a esta reacción el deterioro cultural que se ha venido cerniendo sobre la generalidad de la población. El sistema educativo no provee claves para la formación crítica, lo que tiene incidencia en las dificultades para la conceptualización del pasado histórico. Ambos aspectos están interactuando en procesos de recomposición de expectativas autoritarias, ante el fracaso del actual orden político, a los cuales se conjugan apreciaciones de la población con márgenes de espontaneidad y elaboraciones auspiciadas por círculos de poder. Éstos, más que nunca, depositan las expectativas de existencia en un incremento de la violencia como medio de control social, lo que alienta los excesos criminales de la policía, sin que del otro lado se visualice en lo más mínimo el ataque a los factores que condicionan el auge de la delincuencia.

Entre muchos se ha hecho presente la idea de que bajo Trujillo existieron situaciones preferibles a lo que acontece actualmente. Entre los argumentos principales que se manejan en beneficio de la dictadura se encuentran los siguientes: existencia de seguridad colectiva, en especial frente a la delincuencia; garantías del sistema judicial y de la autoridad para aquellos que no incursionaran en actividades políticas; mantenimiento de un orden auspicioso para el progreso del país; inexistencia de la corrupción administrativa.

Desde luego hay un conjunto distorsionado que exagera situaciones o elimina realidades cruciales de la dominación trujillista. Consideraciones de ese tipo evidencian una incomprensión de lo que acontecía bajo Trujillo. En especial para los muy jóvenes, a menudo se pone en evidencia que les resulta difícil de asimilar que existió un contexto de ese género, lo que se explica por la falta de formación histórica, producto tanto de las deficiencias del aparato escolar y el predominio de una mentalidad que se abstrae del pasado y el futuro, como de las deficiencias de los historiadores en transmitir los contornos del pasado de tal forma que resulten comprensibles. Lo sustantivo al respecto, al margen de la evaluación del trujillato, radica en la aceptación de paliativos desembozadamente autoritarios a los males presentes. A tono con estas añoranzas, segmentos considerables de la población se han pronunciado en encuestas de acuerdo con la conveniencia de recuperación de cánones autoritarios (Duarte, 1996). No parece que haya diferencias sociales en los segmentos de tales apreciaciones, sino que básicamente interviene el grado de cultura política. Se proyectan parámetros culturales autoritarios provenientes del trujillismo que no sólo no han desaparecido, sino que se han magnificado en cierta manera.

Es claro que los intereses que se amparan en la reproducción del autoritarismo, dimensión dejada fuera de las encuestas de opinión y de los estudios asociados a ellas, se han articulado con las miradas espontáneas de segmentos de la población. En todo momento ha estado presente, por acción u omisión, el mantenimiento de opiniones favorables al autoritarismo en los medios sociales y políticos gobernantes, a partir de su constatación generalizada con las prédicas de Balaguer. En tal situación cobra pertinencia el referido estado del sistema educativo. La omisión de los componentes de la realidad histórica ha dejado abiertas posibilidades de respuestas conservadoras retrospectivas<sup>14</sup>.

En medio de este panorama, cuyos perfiles se han ido agudizando en años recientes y a tono con el fracaso de las opciones alternativas a Balaguer, se ha tornado viable la reivindicación desembozada de la dictadura de Trujillo a partir de razonamientos históricos y políticos que pretenden llegar al corolario de que ese régimen acometió ingentes realizaciones positivas, al grado de que permiten evaluarlo favorablemente, pues pesan más que las negativas. Entre esas consideraciones se encuentran las siguientes: el supuesto de que Trujillo fue el creador del Estado dominicano por haber liquidado la deuda externa en que se amparaba el protectorado aduanero norteamericano; la visión de que Trujillo obró en beneficio del país al crear un emporio industrial, contrapartida de la depredación de los políticos y administradores ulteriores; la apreciación de Trujillo como un patriota preocupado por la suerte del pueblo, lo que se expresó en el fomento de la educación y otros servicios sociales.

Algunos de estos análisis reconocen la criminalidad del régimen, pero la minimizan o la subordinan al aspecto concluyente de la experiencia histórica: la construcción de un orden que en su momento logró potenciar creativamente las energías nacionales. Como

---

<sup>14</sup> Cabe añadir la resistencia deliberada de las autoridades educativas a incluir contenidos temáticos de historia reciente en los programas, sobre todo cuando se estiman controversiales. En el manual para octavo grado del equipo conformado por la Secretaría de Estado de Educación en 1993, redactado por Raymundo González, quedó omitido el capítulo relativo a los procesos políticos después de 1930.

algunos de esos análisis, en aras de su eficacia, reconocen la perversidad personal de Trujillo, concluyen en que la dictadura es una expresión de la constitución del pueblo, poniendo de relieve la cooperación de la casi totalidad del estamento intelectual con aquel régimen como prueba implícita de vigencia. De igual manera, bajo el supuesto de la consideración objetiva, a veces se parte de un juicio apriorístico acerca de un estado de consenso que, si bien incluía el miedo, sobre todo tenía el trasfondo de la eficacia de las políticas públicas (Wiese Delgado, 2000).

Uno de los componentes interesantes de la mayoría de esos análisis es que se restringen al ámbito retrospectivo, pues aceptan que los perfiles específicos de la época de Trujillo están superados. Dado el desdibujamiento de las posturas ideológicas entre las banderías políticas del sistema, aunque la generalidad de exponentes de estas opiniones se adscribían anteriormente al neotrujillismo balaguerista, hoy sus planteamientos no se inscriben en beneficio de ningún sector en particular; más bien, la aparición de esta corriente de opiniones favorables a Trujillo puede conectarse con la magnitud actual del desencanto y los trujillistas nostálgicos parecen haber estimado que, a consecuencia del desconcierto en que se ve sumida la población, en un entorno de empobrecimiento y violencia crónica, ha llegado la hora de la reivindicación.

Esto último tendría escasa relevancia si no implicara eventuales consecuencias en redefiniciones políticas que pueden suceder al descrédito de los actuales agentes políticos. Lo complejo de la reivindicación postrera de Trujillo es que puede insertarse en una corriente de recomposición de un espíritu autoritario definido, de lo cual existen señales suficientemente significativas. Los círculos de poder nunca han renunciado a la utilización permanente de procedimientos autoritarios como clave de reproducción del sistema. Por ejemplo, en las esferas gobernantes no se abandona la idea del control social a través de la violencia policial ilegal. El desencanto de amplias porciones de la población podría presagiar una quiebra de la sedicente democracia, expresada en el asomo de preparativos alternativos en grupos de presión deslindados de los partidos. En ellos, por sus características, parece existir la predisposición a que cobre fuerza la panacea de fórmulas novedosas de autoritarismo. Son conocidos los reclamos públicos de uno de los paladines de la orientación económica neoliberal para que el presidente “se ponga los pantalones” y gobierne por decreto, implantando una virtual dictadura en los asuntos que interesan, como único medio para la ejecución de las “reformas”. En caso de consumarse, esta recurrencia vendría a constituir la manifestación postrera de la impronta todavía presente de los rezagos del trujillismo.

## Bibliografía

- Avelino, Francisco Antonio (1995): *Reflexiones sobre algunas cumbres del pasado ideológico dominicano*. Santo Domingo.
- Báez Evertsz, Franc (1978): *Azúcar y dependencia en la República Dominicana*. Santo Domingo: Ed. de la Universidad Autónoma de Santo Domingo.
- Balaguer, Joaquín (1947): *La realidad dominicana. Semblanza de un país y de un régimen*. Buenos Aires: Impr. Ferrari Hermanos.
- (1973): *La marcha hacia el Capitolio*. México: Fuentes Impresoras.
- (1975): *La palabra encadenada*. México: Fuentes Impresoras.
- (1979): *Mensajes presidenciales*. Barcelona: Pareja.

- (1988): *Memorias de un cortesano de la "Era de Trujillo"*. Santo Domingo: Corripio.
- Bosch, Juan (1964): *Crisis de la democracia de América en la República Dominicana*. México: Centro de Estudios y Documentación Sociales.
- (31975): "Un pueblo en un libro". En: Juan Isidro Jimenes Grullón: *La República Dominicana. Análisis de su pasado y su presente*. Santo Domingo.
- Cassá, Roberto (1982): *Capitalismo y dictadura*. Santo Domingo: Ed. de la Universidad Autónoma de Santo Domingo.
- (1986): *Los doce años. Contrarrevolución y desarrollismo*. Santo Domingo: Alfa y Omega.
- (1987): "Redefiniciones políticas en República Dominicana". En: Agustín Cueva (ed.): *Tiempos conservadores. América Latina en la derechización de Occidente*. Quito: Ed. El Conejo, pp. 199-226.
- (1999): *Los orígenes del Movimiento 14 de Junio (La izquierda dominicana, vol. 1)*. Santo Domingo: Ed. de la Universidad Autónoma de Santo Domingo.
- Comisión de Economía de la Academia de Ciencias de República Dominicana (1976): *Economía dominicana. 1975*. Santo Domingo.
- Cordero Michel, José R. (1999): *Análisis de la Era de Trujillo. Informe sobre República Dominicana 1959*. Santo Domingo: Ed. Búho/Eds. Librería La Trinitaria.
- Duarte, Isis et al. (1996): *Cultura política y democracia en la República Dominicana*. Santiago: Pontificia Universidad Católica Madre y Maestra.
- Duarte, Isis y José Francisco Pérez (1979): "Consideraciones en torno a la política represiva y asistencial del Estado dominicano, 1966-1978". En: *Realidad Contemporánea*, 10-11: 61-77.
- Franco, Franklin J. (1971): *Trujillismo. Génesis y rehabilitación*. Santo Domingo: Ed. Cultural Dominicana.
- García Godoy, Federico (21975): *El derrumbe*. Santo Domingo: Ed. de la Universidad Autónoma de Santo Domingo.
- Gómez, Luis (21979): *Relaciones de producción dominantes en la sociedad dominicana. 1875-1975*. Santo Domingo: Ed. de la Universidad Autónoma de Santo Domingo.
- González, Raymundo; Michiel Baud y Pedro L. San Miguel (eds.) (1999): *Política, identidad y pensamiento social en la República Dominicana, siglos XIX y XX*. Madrid: Doce Calles.
- Henríquez Grateraux, Federico (1996): *Un ciclón en una botella. Notas para una teoría de la sociedad dominicana*. Santo Domingo: Alfa y Omega.
- Hernández Franco, Tomás (1930): *La más bella revolución de América*. Amberes: Imprente M. Frenay & Ch. Jorssen.
- Lozano, Wilfredo (1976): *La dominación imperialista en la República Dominicana, 1900-1930*. Santo Domingo: Ed. de la Universidad Autónoma de Santo Domingo.
- (1985): *El reformismo dependiente*. Santo Domingo: Taller.
- Lugo, Américo (21996): *Obras escogidas*. 3 vols. Santo Domingo: Corripio.
- Mejía, Félix A. (21960): *Viacrucis de un pueblo. Relato sinóptico de la tragedia dominicana bajo la férula de Trujillo*. México: Ed. Veracruz.
- Oficina Nacional de Planificación (1976): *Posibilidades del desarrollo económico y social de la República Dominicana*. Santo Domingo.
- Ornes, Germán Emilio (1959): *Trujillo. Pequeño César del Caribe*. Caracas: Ed. Las Nove-dades.
- Peña Batlle, Manuel A. (1954): *Política de Trujillo*. Ciudad Trujillo: Impr. Dominicana.
- Paulino, Aliro (1986): *Balaguer. El hombre del destino*. Santo Domingo: Mundo Diplomático Internacional.
- Rodríguez Demorizi, Emilio (ed.) (21980): *Papeles de Pedro F. Bonó. Para la historia de las ideas políticas en Santo Domingo*. Barcelona: Pareja.
- Rodríguez de León, Franciso (1996): *Balaguer y Trujillo: entre la espada y la palabra*. Santo Domingo: Ediciones del Caribe.

- San Miguel, Pedro L. (1996): *Los campesinos del Cibao. Economía de mercado y transformación agraria en la República Dominicana. 1880-1960*. Río Piedras: Ed. de la Universidad de Puerto Rico.
- Vega, Bernardo (1985): *Nazismo, fascismo y falangismo en la República Dominicana*. Santo Domingo: Fundación Cultural Dominicana.
- (1999): *Los Estados Unidos y Trujillo. Los días finales: 1960-1961*. Santo Domingo: Ed. Amigos del Hogar.
- Vega y Pagán, Ernesto (1955): *Historia de las Fuerzas Armadas*. 2 vols. Ciudad Trujillo: Impr. Dominicana.
- Vilas, Carlos María (1979): “Clases sociales. Estado y acumulación periférica en la República Dominicana (1969-1978)”. En: *Realidad Contemporánea*, 10-11: 31-58.
- (1981): “La política de la dominación en la República Dominicana”. En: Andrés Corten et al.: *Azúcar y política en la República Dominicana*. Santo Domingo: Taller, pp. 155-234.
- Wiese Delgado, Hans Paul (2000): *Trujillo: amado por muchos, odiado por otros, temido por todos*. Santo Domingo: Ed. Letra Gráfica.